

DIVUITÉ CONCURS DE RELATS BREUS DE DONES

“Paraules d’Adriana”

CATEGORIA GENERAL 2.018

AUTORA: MARTA CARÓN PEÑA

SIEMPRE HAY TIEMPO

El vuelo desde Nueva York a Madrid se le hizo larguísimo, estaba agotada y aún faltaban tres horas para el vuelo que la llevaría a Barcelona. No sabía si llegaría a ver a su padre con vida, aunque tampoco le importaba mucho, lo importante era acompañar a su madre en esos últimos momentos.

Cuando su madre la llamó para decirle que era el final no sintió lo que esperaba, pensó que se sentiría mal pero lo único que sintió fue indiferencia. La relación con su padre nunca fue buena, pero cuando quiso ir a estudiar a EEUU y su padre no la apoyó, Lucía decidió marchar igual, entonces la relación casi terminó. Solo los tratamientos de cortesía los mantenían en contacto, cumpleaños, navidades etc. Se fue prácticamente con lo puesto pero era una chica espabilada y con la ayuda de su amigo Tomás que vivía allí hacía un tiempo, consiguió un buen empleo y estudió una carrera. Ahora Tomás era su marido, un hombre que no se parecía en nada a su padre.

Por fin subió al avión que la llevaría al Prat, tenía ganas de volver a ver a su madre. Hacía más de dos años que no se veían, ella y Tomás apenas habían estado una semana en Barcelona la última vez. Le hubiese gustado visitarla más a menudo, pero no soportaba estar al lado del ogro de su padre. Su madre era una mujer de pueblo, de esas que educan para cuidar de sus maridos. No tenía estudios, ni había tenido ninguna aspiración en la vida, solo ser esposa y madre y eso es lo que pretendía su padre de ella.

Salió del aeropuerto a medio día y tomó un taxi dirección al Hospital del Mar, por el camino llamó a Tomás para decirle que había llegado bien, cansada pero bien. El taxi la dejó en la

puerta del hospital y ella ralentizó sus pasos como queriendo postergar el encuentro. Cuando por fin entró en la habitación y vio el estado de su padre se sintió aliviada, no tendría que decirle nada porque ya estaba sedado. Su madre se echó en sus brazos llorando más de alegría por volver a verla que por la inminente partida de su marido.

- Lucía, mi niña, ya estás aquí. ¿Qué tal el viaje?

- Muy bien mamá. Algo cansada de tantas horas, ya no se cuánto llevo sin dormir.

- Te doy las llaves de casa y ves a descansar, si pasa algo te llamo allí.

- Tranquila, no te preocupes, ahora tampoco podría dormir. Déjalo un rato solo y vamos a tomar un café, lo necesito.

Su madre era una mujer joven todavía, apenas pasaba de los sesenta años, pero parecía mayor. ¿Cuánto haría que no iba a la peluquería? ¿Por qué vestía así? Se alegró de haber tomado la decisión que tomó hacía más de veinte años. Ella tenía ahora cuarenta y dos años, pensó en lo joven que era su madre cuando la tuvo a ella. Charlaron de todo un poco y regresaron a la habitación, parecía que su padre había estado esperando a que llegase para dar su último suspiro, al momento falleció.

Al día siguiente fue llevado al tanatorio Sancho de Ávila, dada la escasa familia apenas nadie pasó por allí y aún menos al día siguiente para el entierro. Cuando acabó todo madre e hija marcharon a casa.

- Por fin descansa él y descansamos todos.

- Por fin descansas tú. Tú eres la única que has cargado con todo, debí haber venido a ayudarte.

- Cómo ibas a venir, tienes tu vida allí, un buen marido y un buen trabajo.

- Aun así, debí ayudarte más.

- ¿Cuántos días vas a quedarte?

- No lo sé, no cogí vuelo de vuelta. Quería saber cómo estaba la situación, no esperaba que durase tan poco.

- Quería pedirte un favor. Solo si puedes, si has de marcharte ya buscaré a alguien.

- Lo que necesites.

- Sabes que cuando a la tía le dio una embolia la trajimos a vivir aquí. Después de su muerte tu padre cayó enfermo y ya no quiso conducir, la casa está cerrada desde entonces. Podrías coger el coche de tu padre e ir a echar un vistazo, estoy pensando venderla porque no creo que vuelva allí.

- Es la casa de tu infancia, podrías ir de vacaciones, incluso nosotros podríamos venir a veranear aquí.

Quiso continuar la frase diciendo “ahora que no está papá” pero le pareció algo cruel, al fin y al cabo, era su marido.

- Haga lo que haga primero hay que ver qué tal está. Estoy muy cansada de estos días en el hospital si no te acompañaría, pero prefiero quedarme y arreglar todo el papeleo, la pensión, las cuentas bancarias...

Al día siguiente Lucía partía hacia el Pirineo aragonés rumbo a la casa donde pasara los veranos de su infancia. Dos lágrimas cayeron por sus mejillas al recordar a su abuela, al pensar lo poco que había disfrutado de ella. Las galletas migadas en la leche para desayunar, el olor a manzanas asadas, los cuentos antes de dormir, tantas cosas que ahora se agolpaban en su cabeza.

La casa de su abuela estaba a las afueras del pueblo. Una carretera estrecha llevaba a la cima de la montaña y antes de llegar a la cima había un desvío que llevaba hasta la casa. Le costó encontrarlo a pesar de las indicaciones de su madre y del GPS, estaba todo muy cambiado.

Le costó mucho abrir la reja del jardín, después de tanto tiempo estaba muy oxidada. el jardín estaba lleno de malas hierbas y el aljibe cubierto de ramas que se habían desprendido de los viejos árboles, todo estaba en bastante mal estado. Por el contrario, el interior de la casa

estaba ordenado, lleno de polvo, pero todo en su sitio. Imaginó a su abuela en la cocina preparando alguna tarta y ella se vio en la mesa del comedor coloreando un cuaderno. Cuando iba allí de vacaciones dormía en la habitación de su abuela, le daba miedo dormir sola, la casa era muy grande y había muchos ruidos desconocidos.

Empezó a recorrer la casa, se dio cuenta de que había pasado la mayoría de tiempo en la planta baja y no recordaba lo que había arriba. Un cuarto de baño, tres habitaciones y una escalera que llevaba a la buhardilla, no había subido nunca hasta allí.

Estaba oscura, se guió por un haz de luz que se colaba por la contraventana y se acercó a abrirla. Un caballete, un lienzo sin acabar y un montón de óleos apilados y debidamente cubiertos para protegerlos del polvo. Lucía era ahora una adinerada química que trabajaba en un importante laboratorio, su pasión era el arte y le encantaba ir a todas las exposiciones posibles, pero jamás había admirado semejante belleza. No daba crédito a lo que veían sus ojos ¿Qué significaba aquello? ¿Quién era el autor de tan maravillosa creación? Solo tuvo que acercar la vista a la firma que aparecía en la esquina de cada cuadro, Pilar.

¿Era de verdad su madre la autora de aquellos cuadros? La mujer que consideró simple e inculta, la que no la apoyó para estudiar por miedo a su marido ¿Era capaz de expresarse así con la pintura? Pasó horas contemplando aquellos cuadros, no podía creerlo, después decidió acabar de revisar la casa. La habitación más cercana a la buhardilla había sido la habitación de soltera de su madre, aún estaba tal como ella la había dejado, se sintió una intrusa registrando entre sus cosas. Cuadernos amarilleados por el tiempo, lápices comidos por la carcoma y en el fondo de un cajón un diario.

La curiosidad le pudo más que la decencia y empezó a leer. En él descubrió el amor por el arte de su madre, no solo por la pintura sino también por la escritura, en el diario había

bellísimas poesías. Pero también descubrió cosas que no le gustaron tanto, como que su madre había abandonado su vocación porque a su padre le parecía una pérdida de tiempo.

Narraba como lo había conocido, cómo se había enamorado de él y como él quiso apartarla de la pintura. Las mujeres normales no se dedican a esas tonterías, le decía. Ella pintaba en su buhardilla y no se atrevió a enseñarle sus cuadros. Su madre era una mujer inteligente y se dio cuenta de que no podía renunciar a su arte y decidió dejar a su novio, había más hombres en el mundo. Ella quería estudiar Bellas Artes, quería ir a la universidad.

Unas páginas más adelante, supo la causa por la que no lo abandonó, su madre estaba embarazada. Pero su madre no maldecía aquel embarazo, sino que lo tomó como una bendición y renunció a pintar por ella.

Cuando se dio cuenta ya era de noche. Llamó a su madre y le dijo que se quedaría a dormir en el pueblo, estaba cansada para conducir. Durante toda la noche estuvo dándole vueltas a lo que acababa de descubrir y pensando en lo equivocada que estaba respecto a su madre. Por la mañana, al abandonar el hotel, dejaba las llaves de la casa de su abuela en la recepción. Al día siguiente un camión de mudanzas se hacía cargo de trasladar todos los cuadros a un guardamuebles que acababa de alquilar en Barcelona.

- Así que dices que la casa no está tan mal- le dijo su madre.

- No la vendas, Tom y yo vendremos a veranear aquí y tú estarás con nosotros.

- No sabes cómo me gustaría, ojalá fuese verdad.

- Te lo prometo.

- Ya has comprado el pasaje de vuelta.

- No, de momento no me voy, Tomás llegará este fin de semana. Quiero que vea la casa, iremos juntos al pueblo.

Le costó mucho convencer a su madre a cambiar de aspecto, accedió a la peluquería sin quejarse, pero el cambio de vestimenta fue complicado, igual que convencerla para salir a cenar las dos juntas. A pesar de sus contactos con el mundo del arte le costó bastante encontrar donde exponer con tan poco tiempo. Los amigos de Tomás fueron de gran ayuda, eso y las fotografías de los cuadros que les había enviado por el móvil. Poco más de una semana después de la visita a la casa de su abuela había conseguido un lugar donde exponer los cuadros de su madre.

Pilar se sentía feliz del brazo de su hija y su yerno, hacía mucho tiempo que no paseaba por las calles del Gótico, era el barrio que más le gustaba de Barcelona. Pasear por aquellas calles le hacían transportarse a otra época, le gustaba hacer volar su imaginación. En una calle estrecha y poco concurrida se veía un letrero luminoso que anunciaba una galería de arte.

- Os importa si nos acercamos - dijo Pilar señalando el lugar.

- ¿Desde cuándo te gusta el arte mamá?

- Si yo te contase. Cuando era joven hice mis pinitos con la pintura, no sé qué fue de mis cuadros, seguramente tu abuela se deshizo de ellos.

- No tenía ni idea, nunca me contaste nada.

Al llegar se fijó en la cantidad de gente que había dentro, Pilar pensó que debería exponer alguien conocido. Lucía y su marido se adelantaron a abrir la puerta para tapanle la visibilidad y en cuanto se abrió la puerta estalló un gran aplauso.

Pilar buscó con la mirada a la persona a quien iba dirigido, pero no daba con ella, hasta que por fin posó su vista en uno de los cuadros. Era una puesta de sol sobre la vieja ermita de su pueblo, una puesta de sol que había contemplado cientos de veces. El corazón le brincó en el pecho al verlo y casi se desmayó al comprobar que estaban el resto de sus pinturas. Lágrimas de felicidad corrieron por sus mejillas al comprender lo que ocurría, jamás hubiese esperado

algo así. Recorrió la sala contemplando cada obra, recordando en qué momento fueron creadas, qué le provocó la inspiración. El arte no se olvida, se lleva en el alma, y ella era la misma persona que había pintado aquellos cuadros hacía más de cuarenta años. Miró sus manos y supo que podía volver a hacerlo, de hecho, volvería a hacerlo.

Aquella fue una de las noches más maravillosas de su vida. Nunca imaginó que alguien quisiera pagar por sus pinturas y se sintió enormemente bien regalándolas. Su objetivo al pintarlas no era ganar dinero, sino que el mundo las contemplase, que la persona que las mirara pudiese sentir lo mismo que sentía ella cuando las pintaba.

Unos días después Pilar y Lucía se despidieron en el aeropuerto, aunque sabían que no volverían a dejar pasar tanto tiempo. Lucía se sentía bien por haber podido hacer feliz a su madre por fin, ahora su mirada era diferente. Pilar sabía que iba a echar mucho de menos a su hija, pero tenía una ilusión. Reformaría su casa, la llenaría de luz y de colores, de plantas y telas nuevas, de vida. Volvería a pintar, a disfrutar de lo que siempre había amado, además la dueña de la galería le había pedido que llevase allí sus cuadros.

Volvería a empezar, nunca es demasiado tarde. Nunca es tarde para hacer lo que te gusta, para conocer gente, para vivir. Nunca es tarde para mirar hacia delante y no al pasado, porque aún es mucho lo que queda por vivir, aunque a veces cueste encontrar la razón.